

Otra vez el plural... y la equivocación. Porque quien tortura eres tú con tus ripios, etc.

«¿Por qué así torturáis mi pensamiento  
Con el horror pintando de esta triste...»

¿Y quién es la triste?... ¡Ah! ya.

«Noche la imagen de mis dichas vana?»

¡Y vayan ustedes á entender esto de la imagen de las *dichas vana!*...

Pero vamos á ver, hombre:

¿Por qué así torturar á los lectores  
Con el horror pintando del mal gusto  
La insipiencia y el ripio y los errores?  
¿Te parece eso justo?

## XII

Otro poeta viejo.

Casi tan viejo como Prieto, y tan malo sin casi.

Después de haber dedicado el anterior artículo, como entre paréntesis, á Cánovas, no en su calidad de ex-ministro de Ultramar, sino en la de mal escritor de ambos mundos, vuelvo á abrir el *Libro nacional de lectura*, y me encuentro con don Casimiro del Collado.

De este señor dicen los arregladores del con-sabido libro que nació en Santander en 1821, y que, «aunque conserva la nacionalidad española por vínculos de familia, por domicilio y por afectos arraigados, pertenece á la patria mejicana (¡que aproveche!), cantada por él en sus *cinclados* versos.»

No crean ustedes, con todo, que el señor del Collado es un escultor.

No, nada de eso.

Es verdad que sus versos están hechos á

golpes; pero no es el cincel lo que ha manejado al hacerlos, sino la azuela y el formón, porque no trabaja en mármol, sino en chopo.

Es un carpintero de basto.

¿Han leído ustedes versos del difunto Canete, ó de Marcelino Menéndez Pelayo, ó de don Aureliano Fernández-Guerra?

Pues casi lo mismo son los del señor Collado. Un poco peores, si es que cabe, pero del mismo estilo.

Como que el señor Collado es miembro correspondiente de la Real Academia Española desde hace mucho tiempo.

Y con justicia.

Porque también desde hace mucho tiempo, desde su niñez como quien dice, dió en hacer versos de un gusto sinceramente académico, es decir, sinceramente depravado.

Con la circunstancia de que para versificar, allá de muchacho, descoyuntaba con bastante facilidad el idioma, y ahora, de viejo, le descoyunta más y con más facilidad todavía.

Que es el mismo caso del cuento.

—Me parece que hoy tose usted ya mejor que ayer,—decía una mañana el médico á un enfermo del pecho.

—No es extraño, doctor—contestaba el paciente.—¿No ve usted que he estado toda la noche ensayando?

Así hacen estos poetas académicos.

Se pasan la vida ensayando combinaciones

raras de palabras sin uso, y desnaturalizando la lengua, de modo que, al llegar á viejos, hacen verdaderas maravillas en el ramo.

Véase la clase:

«LAURUS NOBILIS»

La composición del señor Collado escogida por los arregladores del *Libro nacional de lectura* (no se olvide que el libro es de lectura), tiene el título en latín.

Y después del título lleva esta nota de los arregladores susodichos:

El eminente y clásico poeta envió al Maestro (así, con eme grande) Guillermo Prieto los versos que siguen, acompañados de una planta de laurel. También los versos son laureles.

¡Sí por ciertol...

¡Tomaran ser escobas!

Pero no creo que pasen de helechos.

Lo vamos á ver pronto...

Pero todavía, antes de llegar á la obra del señor Collado, encontramos un tema de cerca de dos versos (un verso y dos fracciones) que dice:

«Laurel de Apolo

Que tierno se alza á la materna sombra

Del tronco protector...»

(*Geórgicas de Virgilio, traducción de Miguel A. Caro.*)

Este Miguel A. Caro es otro poeta americano muy alabado por los Marcelinos ó alabarderos de acá y de allá, pero muy prosáico y muy insufrible, como á su tiempo verán ustedes.

Aunque ya lo pueden ver ahora por ese fragmento de traducción, lleno de ripios y de disparates.

Porque cuidado que ¡un ramo de laurel alzándose á la sombra del tronco!... ¡Cuando precisamente es al revés, porque al tronco le dan sombra las ramas! ¡Y luego la sombra materna... del tronco!... Que sería paterna en todo caso, porque un tronco de laurel parece que debe ser padre y no madre...

Mas dejemos á don Miguel A. Caro para cuando le llegue su turno, y vamos á ver los versos de don Casimiro, que empiezan:

«Crece en mi huerto un árbol semejante

(¡Hermoso consonante!)

Al que en la tumba de Virgilio antaño

(¡Uf! ¡Otro!... éste es de estaño.)

Plantó Petrarca y destruyó constante...»

Aquí la primera impresión es la de que *constante* es otro personaje como Petrarca, que destruyó lo que éste había plantado...

Pero luego, al ver que el *constante* está escrito con ce minúscula, entra uno en sospecha de que acaso sea un adjetivo, y se resigna á ir á buscar el sustantivo al verso si-

guiente, sin que pueda encontrarle ni salir de dudas hasta llegar á lo más último.

Repitamos.

«Crece en mi huerto un árbol semejante

Al que en la tumba de Virgilio, antaño,

Plantó Petrarca y destruyó constante

De la incuria y del tiempo el doble amaño.»

Aquí es donde se acaba de caer en la cuenta de que quien destruyó el árbol no fué un tal *constante*, como parecía, sino el *amaño*, un *amaño constante* y *doble* de la *incuria* y del *tiempo*.

*Amaño* que no por eso es *doble*, como cree y quiere hacernos creer don Casimiro. No: porque sea cosa de dos el *amaño*, no es *doble*; puede ser uno y sencillo. ¿Cree don Casimiro que el matrimonio de un hombre con una mujer es un *doble* matrimonio?

Verdad es que el *amaño constante* y *doble* de don Casimiro, á más de no ser *doble*, tampoco puede ser *constante* ni aun *amaño* siquiera, pues ni la *incuria* ni el *tiempo* son capaces de *amañar* nada. La primera, porque se distingue por lo contrario precisamente, por no *amañar*; y el segundo, porque no sabe de *amaños* ni los necesita, teniendo como tiene gran poder para destruir las cosas con sólo pasar sobre ellas.

De modo que la forma de expresión del se-

ñor Collado no ha podido ser más desgraciada.

Veamos cómo sigue:

«*Congénere...*»

¡Dios mío!... ¡Qué vocablo!... ¡Qué principio de estrofa!...

«*Congénere del mismo que la frente...*»

*Congénere... la frente...* ¡Además de ser tan antipoética la primera palabra del verso, ser asonante de la última!...

«*Congénere del mismo que la frente*  
Del vate y del guerrero  
Ornaba, cuando Roma *armipotente*  
El triunfo de la lira ó del acero  
Al Olimpo exaltaba *refulgente.*»

Notarán ustedes que, en efecto, el estilo es *congénere* del de Cañete y Marcelino, aunque una miajilla degenerado...

Pero ¿á que nadie se atreve á afirmar de una manera categórica la pertenencia del adjetivo y consonante *refulgente*?

Puede pertenecer al *Olimpo*, puede pertenecer al *acero*, puede pertenecer al *triunfo* y puede pertenecer á *Roma*.

Por su naturaleza, á quien mejor conviene es al acero; por reglas de sintaxis estricta... no pertenece á ninguno de los nombres indicados.

Otro golpe:

«*Su perpetuo verdor, aun del tugurio...*»

¡Qué nombres más raros se le ocurren!  
Me temo que haya algún augurio...

«*Su perpetuo verdor, aun del tugurio*  
Alejaba el contagio  
Colocado en la popa del *trirremo*,  
De victorias *augurio*  
(¡Ya lo dije! *Me temo...*)  
Las furias alejaba del naufragio  
Al *compasado* rechinar del remo...»

Trabajoso, pesado, oscuro, sin sustancia.  
Adelante.

«*Plegaria y voto al par, la gente griega*  
Contra destino *infausto...*»

Habrá holocausto, no lo duden ustedes; habrá holocausto.

Lo que no habrá será sentido.

Porque no se llega á saber qué quiere decir eso de *plegaria y voto al par*; si es que la *gente griega* era á la vez *plegaria y voto*, ó si es otra cosa cualquiera.

«Plegaria y voto al par, la gente griega  
 Contra destino infausto  
 En el onda laustral el lauro anega;  
 Y de oro, más que de agua, en holocausto  
 La trípode Apolínea en Delfos riega...»

¡Cuánta majadería!

Hubo efectivamente *holocausto*: no podía faltar después del destino infausto; pero efectivamente no hubo sentido.

Porque ¿quién entiende lo que es eso de regar en Delfos la trípode Apolínea, en holocausto, de oro, más que de agua?

Todo ello después de anegar el lauro en el onda (*¡el onda!*) laustral, contra destino infausto la gente griega, plegaria y voto al par... lo cual, ni leído al revés, ni leído á derechas, se entiende...

¿Y qué necesidad tendrá de decir *el onda*, si sonaba mucho mejor la onda, pues la a y la o pasan perfectamente sin hacer sinalefa?

¿Y la *feliz* combinación de la *trípode Apolínea*?...

¡Y pensar que á este pobre señor le ha llamado Marcelinico tantas veces *eminente poeta*!...

Vamos á ver... algún otro desastre...

«El en los juegos píticos ceñía...»

*El* no es Marcelino, ni el *destino infausto*

tampoco... Ha de ser el laurel, si no me engaño.

«El en los juegos píticos ceñía  
 La sien sudosa al triunfador atleta  
 O al vencedor del canto...»

¿Quién sería el *vencedor del canto*? ¿Cuál el canto vencido?... ¿sería topográfico, musical ó rodado simplemente?...

¡Qué don Casimiro!...

Tras de habernos obligado á oler el sudor asqueroso del atleta, hablándonos de su sien *sudosa*, dejarnos ahora en estas incertidumbres... Por no construir como Dios manda: «vencedor en el canto.»

«El en los juegos píticos ceñía  
 La sien sudosa al triunfador atleta  
 O al vencedor del canto.

El—¡pueril vanidad en héroe *tanto!*»

Pero ¿quién es el héroe *tanto*? ¿Es el laurel?... Y no siendo el laurel, que ni es héroe, ni capaz de vanidad pueril, ¿quién puede ser, si por ahí arriba no queda ningún héroe *tanto*?

A no ser que haya error de imprenta, y debiera decir héroe *tonto*... Y en este caso... tampoco podía ser el *poeta*, porque no es héroe.

Vamos á ver si se averigua:

«El—¡pueril vanidad en héroe *tanto!*—  
 Bajo verde follaje y floreciente...»

Otra duda. ¿Quién es el floreciente? ¿Es el laurel, es el héroe ó es el verde follaje? Y en este caso último, ¿por qué no haber dicho *bajo follaje verde y floreciente*? El verso no sería mejor, pero resultaría más claro...

Apuremos la estrofa.

«El—*pueril* vanidad en héroe *tanto!*—  
Bajo verde follaje y floreciente  
Del sarcasmo del vulgo sacó *salva*  
La *pensativa* frente  
Del grande dictador *radiosa* y *calva...*»

Ni por esas. Ni por echarnos al colete esa tirada de palabras incoherentes hasta las de *radiosa* y *calva*, hemos podido averiguar quién es el héroe *tanto* de la vanidad pueril, ni cómo el laurel *bajo verde follaje* (follaje bajo follaje), floreciente además, pudo sacar *salva* del sarcasmo del vulgo la frente del grande Dictador, *pensativa*, *calva* y *radiosa*.

Vamos á ver si somos en otro pasaje más afortunados:

«Del huerto donde el aura  
Con *vivífico* aroma  
El vigor de los músculos restaura  
Y de la edad los desalientos *doma...*»

¡Jesús, qué disparate!  
¡Domar los desalientos!... ¿No están ellos bastante domados?...

Se *doman* los novillos, los potros, las fieras, y, metafóricamente hablando, las pasiones. Pero ¿los desalientos?...

Si desaliento es la falta de aliento, la falta de energía la falta de fuerza, señor don Casimiro, y domar es amansar, mitigar dominar la fuerza, la energía ó la fiereza de las cosas que tienen demasiada, ¿cómo va usted á domar los desalientos?

¡Habrá pedazo de... académico correspondiente!

«Y de la edad los desalientos *doma...*»

Nada, que á ustedes los *poetas* académicos se les figura que no hay más que coger verbos del Diccionario y plantarlos donde mejor convenga al consonante, signifiquen lo que signifiquen y digan lo que digan.

Lo mismo hacía su *congénere* don Andrés Bello, también muy enaltecido y elogiado por todos los mentecatos de acá y de allá, y también *poeta* malísimo.

Pues así como usted por la fuerza del consonante se ha atrevido á *domar* los desalientos, él por la misma fuerza atribuyó facultad de educar y capacidad para recibir educación á las patatas.

Es gracioso.

Pretendía decir que la patata *cria* para los americanos sus tubérculos; pero acababa de

hablar de la *yuca*, y, para hacer consonante á esta última planta, en lugar de decir *cría*, dijo *educa*.

Verá usted:

«Para tus hijos la *procera* palma  
Su vario fendo *cría*,  
Y el ananas sazona su ambrosía,  
Su blanco pan la *yuca*,  
Sus rubias pomas la patata *educa*.»

¡Qué hermosura!... Parece que se está viendo á la patata dar lecciones á sus patatinas...

La verdad es que á nadie se le había ocurrido que las patatas pudieran recibir educación, y darla, menos; pero ¿quién sabe?...

Educándose, aunque sea dificultosamente, los académicos, y siendo ya Commelerán catedrático, no afirmaré yo que no puedan llegar al mismo grado de relativa perfección todos los demás individuos de la familia.

Mas volvamos á los versos de don Casimiro, el domador de los desalientos.

«Del huerto donde el aura  
Con *vivífico* aroma  
El vigor de los músculos restaura  
Y de la edad los desalientos *doma*,  
Este *joven laurel* ornato sea...»

¿Qué tendría que ver con el ornato la restauración?

«Y creciendo en vigor y lozania  
Por *lustros de salud y poesía*  
(*Novedad, prontitud y economía*)  
De tu vejez las lindes dilatarse  
A *prolongado alongamiento* vea.»

¡Eso es! A *prolongado alongamiento*... Albarda sobre albarda.

¿O será que haya por ahí también *alongamientos acortados*?...

Siga don Casimiro:

«Y cuando apague el *luminoso faro*  
De tu *fértil* ingenio...»

Así: *fértil* como una buena tierra de pan llevar.

O de patatas traer.

«Y cuando apague el *luminoso faro*  
(*Faro no luminoso fuera raro*)  
De tu *fértil* ingenio, la *Inclemente*  
(*¿Con I grande?... ¿De quién será pariente?...*)  
De la aromosa *cúpula* al amparo  
(*Cúpula al... cupulal... duro y no claro*)  
Repose tu ceniza *blandamente*.»

¡Hombrel! ¿Y le han de enterrar en el huerto como á un gato?...

Siga usted:

«¡Oh, buen poeta!...»

No, señor: por eso no paso, don Casimiro.  
¿Cómo que buen poeta Prieto?... Muy malo.  
Tan malo como usted al poco más ó menos,  
porque no se exceden ustedes un par de co-  
ricias...

«¡Oh, mal poeta! En lustrós venideros  
Tu sepulcro y el árbol que *le asombre...*»

¿Cree usted que los sepulcros pueden asom-  
brarse?...

Y eso que oyendo los versos de usted ó de  
otro académico cualquiera, no tendría nada  
de extraño.

Porque hay disparates académicos capaces  
de asombrar á un carro de céspedes.

«Tu sepulcro y el árbol que *le asombre...*»

Usted, sin embargo, no ha querido decir lo  
que dice. Con ese que *le asombre* ha querido  
usted decir que *le haga sombra*.

Y no lo ha dicho.

Porque el hacer sombra no se llama *asom-  
brar*; se llama *sombrear*.

«¡Oh, buen poeta! En lustrós venideros  
Tu sepulcro y el árbol que *le asombre*,  
*Frecuenten de las letras los obreros...*»

Tampoco se sabe aquí si el sepulcro y el  
árbol que *le asombre* han de frecuentar *de las*

*letras los obreros*, como pide la sintaxis, ó si  
*de las letras los obreros*, es decir, *los obreros de  
las letras*, que es de suponer sean los cajistas,  
han de frecuentar el sepulcro y el árbol como  
parece que reclama el sentido.

Y eso que sentido no le hay apenas.

Acabemos:

«Así, justo homenaje á gran renombre  
Y de robusta inspiración *auxilio...*»

¿Auxilio, por qué? ¿Y cuál es el auxilio?  
¿Cuál es el justo homenaje?... ¿Y cuál es la  
inspiración *robusta*? ¿A ver?

«Así, justo homenaje á gran renombre  
Y de robusta inspiración *auxilio*,  
De Posilipo en la desierta gruta  
Solicita el cantor, *mas no disfruta*  
El lauro y la ceniza de *Virgilio.*»

Entonces no es *así*, majadero.

Porque usted quiere que los obreros de las  
letras frecuenten el sepulcro y el laurel de  
Prieto, vamos, que los disfruten; y luego dice  
usted que el cantor, el que sea, *no disfruta el  
lauro* y la ceniza de Virgilio...

¿Para qué empieza usted el período diciendo  
*así*, si es todo lo contrario?

Ni gramática, don Casimiro.

Ni la suficiente gramática sabe usted para  
que se le entienda.